

VI

La Posterolle, que estaba en Córcega hacía tres meses, pasaba por ser uno de los mejores gobernadores que había mandado el Gobierno de la República á Ajaccio, y esta excelente reputación la debía menos á sus cualidades administrativas que al terceto delicioso de parisienses, su mujer y sus dos hijastras, que se habían instalado con él en el edificio del gobierno. La sonrisa agradable de aquellas señoras que siempre iban juntas, sus adecuadas *toilettes*, paseadas á pie, en coche, á caballo, habían embrujado á toda la ciudad. Las cigarreras de la calle Mayor se asomaban á las puertas para verlas pasar, con

ojos extasiados, brillantes y negros que contrastaban con la blancura de sus pañoletas. ¡Los pueblos del Mediodía sienten con tanta viveza lo gracioso y lo bello! Además el gobernador recibía mucho, y sus reuniones de los sábados, á que daba más brillo la permanencia de la escuadra en la rada, aquellas fiestas perpetuas, al mismo tiempo que despertaban á la sociedad algo casera de Ajaccio, hacían venir invitados de las ciudades vecinas; Bonifacio, Portovechío, Sarterre, daban vida á los hoteles, trabajo á las costureras, á las floristas, al mismo tiempo que hacían conocer y estimar hasta en las extremidades de la isla, el nombre continental y nuevo de La Posterolle.

Un hermoso sábado por la noche, una de esas noches de invierno de Córcega que pueden compararse por lo templadas á nuestras primaveras francesas, en el

momento en que el jardín del Gobierno se iluminaba con linternas multicolores, en que la música del navío almirante se estaba instalando para tocar durante el baile en las calles del jardín, entre el olor del azahar y las magnolias; Mlle. Rosa, alta y muy pálida, vestida de blanco corría de aquí para allá buscando á su madre, hasta que la encontró en el saloncito pequeño con los invitados á comer, que acababan de tomar café. En cuanto la vió la llamó con un gesto estremecido y le dijo:

—Toma, lee eso—dándole en seguida una carta abierta cuya letra sólo, hizo sentir un escalofrío al satinado escote de la señora gobernadora.

Mientras leía, la madre preguntó en voz baja:

—¿Acaba de llegar?

—Hace un momento; la ha traído un

criado del hotel, que está esperando fuera la contestación.

Afectando una gran tranquilidad, la madre continuaba leyendo, leyendo y abanicándose, y sin embargo, la carta no era larga:

«Espero en el hotel de Francia, plaza del Diamante, á que mis hijas vengan á darme un abrazo. Si no las veo antes de media hora, iré yo mismo á buscarlas al Gobierno.

Régis de Fagan.»

Con voz anonadada la gobernadora se preguntaba:

—¿Qué haremos?

Al mismo tiempo que Rosa murmuraba:

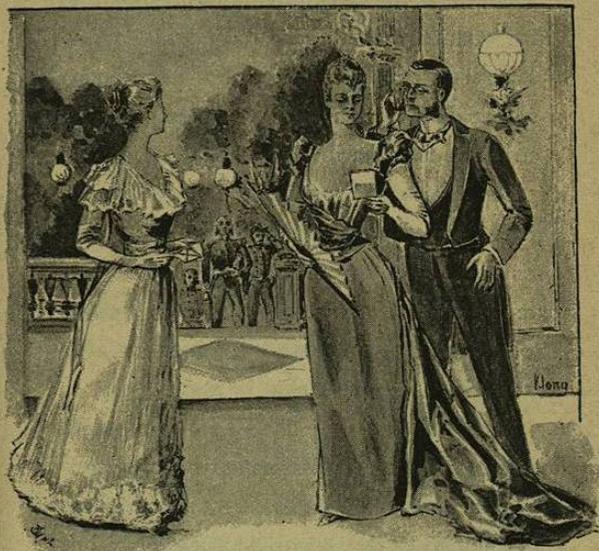
—¡Pobre papá!

—¡Sí; te aconsejo que le compadezcas!

—dijo su madre con voz tan estridente y llena de odio que hizo detenerse al paso á La Posterolle que salía del saloncito

para ir á esperar al almirante, cuya llegada le habían avisado.

Leyó la carta por encima del hombro de su mujer y conservando su hermosa



sangre fría de hombre de administración, dejando apenas ver una ligera excitación

nerviosa en las puntas de sus pálidos dedos, con los que acariciaba las patillas, ordenó á media voz:

—Que Mademoiselle las lleve en seguida y lo más disimuladamente posible. En cuanto á lo que han de decir, ya lo sabe usted tan bien como yo: La presencia de Mr. Fagan en Ajaccio nos coloca en una situación intolerable.

Apenas acababa de hablar cuando empezaron á brillar en la terraza del jardín los sombreros bordados y galones de oro de los oficiales de la escuadra. La Postrolle se lanzó exclamando:

—¡Señor almirante!

Y la charanga de la «Temible», que empezó á tocar la Marsellesa cubrió con el sonido metálico de sus instrumentos las modulaciones de su voz de abogado y de hombre de mundo. Pronto empezó el baile, y mientras el vals, partiendo de los

salones deslumbradores de luz iba dando vueltas á perderse en las obscuridades perfumadas del jardín, las señoritas de Fagan, cubriendo sus trajes escotados con los abrigos de pieles, se escapaban furtivamente con su inglesa y se dirigían á lo largo de las calles sombrías á la plaza del Diamante que realmente merecía su nombre aquella noche, inundada por la claridad de la luna llena y la reverberación metálica y movable del mar que se veía á lo lejos.

En esta mágica iluminación se destacaba una negra silueta que paseaba frenéticamente por el asfalto de la plaza desierta.

¿Cómo había podido resignarse Régis de Fagan á dejar marchar á sus hijas, y por qué había dejado irse á las dos cuando no le pedían permiso más que para una? Todo era el resultado de un consejo

de Mme. Hulín dado después de la visita de Ninita.

—Suponga usted—le dijo—que hace que una de sus hijas se quede como se lo proponen en el colegio de la Asunción, lejos de su madre y de su hermana, con la esperanza de pasar con usted dos domingos al mes por toda distracción. La muchacha creará que es una víctima y que usted es su verdugo... Créame usted; puesto que esa mujer á pesar de todas sus promesas se va de París llevándose á Rosa ó á Ninita, déjela que se lleve á las dos. Sea usted para sus hijas el que sufre lejos de ellas; aprovéchese usted de las ventajas de la separación, del espejismo de la ausencia. Crecerá su cariño hacia usted, y puede ser que la misma madame La Posterolle, bonita y coqueta aun, ahora que se ha formado un nuevo hogar y que tiene un marido más joven que ella,

sea la primera que diga á usted: «Líbreme usted de este estorbo», y después de ella sus hijas: «Recógenos pronto.»

Después de esto las niñas se habían marchado ofreciendo escribir, cada una, una vez por semana. Al principio las cartas llegaban con gran puntualidad, muy tiernas, impregnadas de aquellas efusiones lejanas que tan poco cuestan y trayendo también la crónica detallada de las fiestas en que Rosa y Ninita tomaban parte: llegada de la escuadra, visita á la «Temible», etc., y eran verdaderos trozos de estilo que el padre orgulloso y feliz enseñaba á todo París, en su Círculo, en los salones de los teatros. Luego escribió sólo Ninita porque Rosa acompañaba á su padrastro en la revista de inspección que estaba pasando; la semana siguiente faltó por completo el correo y fué reemplazado por un telegrama anunciando que

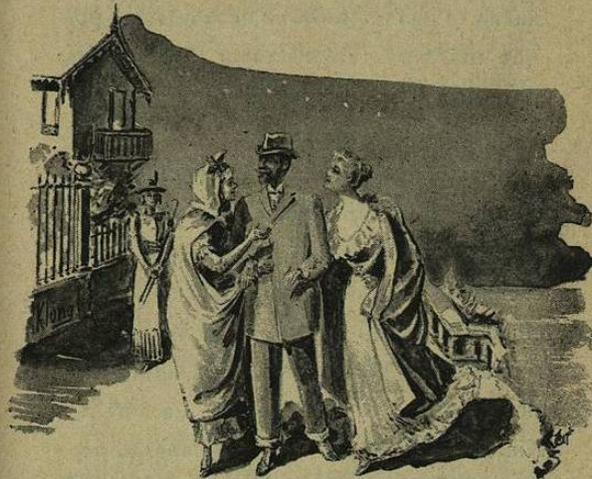
Ninita se había torcido un pie al visitar un acorazado. Otro mes no hubo ni carta ni despacho, sino una tarjeta de la inglesa anunciando que Ninita hacía una pequeña excursión á Cerdeña y que Rosa había cogido unas calenturas. Régis al fin acabó por enfadarse y por amenazar con que iría á Ajaccio sino le escribían en seguida; y como no le habían escrito, allí estaba temblando de ira, apretando los puños amenazadores y forjando mil proyectos de loca *vendetta* si para las diez en punto sus hijas no estaban allí.

—¡Buenas noches, querido papaito!...

—¡Hijas de mi alma! ¡qué alegría!...

Y el pobre hombre cerrando los brazos, con las manos abiertas, apretaba á sus hijas sobre su corazón, contra sus mejillas humedecidas por las lágrimas... ¡Su Rosa! ¡Su Ninita!... Allí estaban, allí las tenía á su lado... ¿De qué se podía quejar? ¿Para

qué reprocharles nada?... ¡Tienen tan buenas disculpas!... Si tú supieras...—No te puedes imaginar...—Pregúntale á Rosa... —Ninita puede decirte... Cada una le ha cogido de un brazo y entre las dos le



llevan fuera de la ciudad á un ancho paseo desierto á aquellas horas y que corre formando cornisa entre el mar deslumbrador

que lo limita por un lado y jardines, *villas*, hoteles, especie de panteones de familia cuyas paredes blancas se destacan en la ladera sombría de la colina, que lo cierran por el otro. Detrás de los tres resuena el paso hombruno de Mademoiselle que marcha á la distancia conveniente para no perder una palabra de lo que hablan el padre y las hijas.

Enaquel momento le regaña dulcemente Ninita por la imprudencia que ha cometido desembarcando así, de sopetón. ¡Qué escándalo cuando se sepa que está en la ciudad el primer marido de la señora gobernadora!... Piénsalo, papaito; figúrate la situación que creas á mamá. La voz de Ninita—que no ha cumplido aún quince años—tiene un tono tal de autoridad, su brazo aprieta con tal energía el brazo de su papaito que Régis empieza á creerse culpable. ¿Pues y nosotras? ¿Y mi herma-

na y yo?—continúa la muy astuta envalentonándose á medida que el padre cede. No sabemos qué actitud tomar en ninguna parte. Nadie ó casi nadie sabía aquí la verdad; todo el mundo creía que mamá era viuda y nosotras huérfanas. Fagan quiere protestar. La idea de que se le haga pasar por muerto le ofende y le aflige, pero Ninita tiene contestación para todo:

«Ya puedes comprender que en este país nadie está al tanto de nuestras celebridades literarias... y además tienen unas ideas tan rancias, que figúrate la opinión que les merecerá el divorcio: sería lo bastante para romper el matrimonio de Rosa.»

Esta vez el padre se rebela. ¿Cómo es eso? ¡Rosa se casa y él no sabe nada! Pero su hija mayor le calma en seguida apoyándose más tiernamente en su brazo. Aún no está casada. Hay un Mr. Remory

teniente fiscal de la audiencia de Bastia que le hace la corte; hijo de un presidente de sala de París; de una buena familia. El matrimonio le gusta á La Posterolle más que por nada porque acabaría con la hostilidad que siempre ha habido entre Bastia y Ajaccio, entre la magistratura y la administración. Sin embargo, no hay nada decidido aún, y Mr. Remory padre, que vive en París, deben ir pronto á visitar oficialmente á Fagan, á menos que el escándalo de su presencia en Córcega no trajese como consecuencia una ruidosa ruptura.

—¡Pero si no habrá escándalo!...—dijo Régis conmovido al sentir temblar el brazo de su hija mayor...—¿Te ha robado ya el corazón el señor fiscal?

Pero al ver que Rosa en vez de responder casi rompe á llorar, empieza á tranquilizarla con dulzura, la hace sentar en la

balaustrada de piedra que bordea el camino, se sienta junto á ella y Ninita á su lado, mientras el aya sigue de pie un poco apartada semejando á la luz de la luna un carabinero de servicio...

—Escuchadme, hijitas mías;—dice y al hablar acaricia suavemente sus manos—confieso que el paso que he dado ha sido imprudente: pero todo puede arreglarse. En el hotel de Francia no me conocerán, ni saben cómo me llamo: puedo tomar un nombre supuesto y quedarme aquí cinco ó seis días sin ver á nadie, con la condición de que todas las noches daremos juntos, vigilados por Mademoiselle, un paseo misterioso como éste.

—¿Y de día qué te vas á hacer?—dijo Rosa conmovida por aquel grandísimo cariño en que no había ni sombra de egoísmo: si al menos pudiera ir á encerrarme contigo...